

Al final la mayoría coincide: "La culpa es de la patronal, que está emperrada en no perder ni una mínima parte de los beneficios que saca de nuestro trabajo". Pero todavía hay otra verdad, más al final todavía: María Luisa Carrasco, catorce años, obrera y tercera de una familia de diez hermanos, falta de su casa desde el miércoles 14. Descansa bajo una fosa con su joven cuerpo destrozado; fue aplastada entre dos automóviles cuando defendía el derecho a un salario más justo.

Hacia primeros de mes, los trabajadores de marroquinería (curtidos, peletería, etc.) de Zaragoza iniciaron una huelga en defensa de una tabla reivindicativa cuyo punto más importante era una serie de mejoras salariales. La patronal, a la vista de que no todos los trabajadores secundaban la huelga, comenzó a mantener una postura de fuerza que ha terminado traducándose en no reconocer a la comisión de representantes de los trabajadores. En un alarde democrático nunca visto, los empresarios aducían que no estaban representadas en la comisión todas las centrales sindicales, pues faltaba Comisiones Obreras. La realidad parece ser que los dos sindicatos que apoyan a la huelga y forman la comisión negociadora, la CSUT y el Sindicato Obrero Independiente de la Piel (SIOP), son los más fuertes en el sector. Y a pesar de las zancadillas de la patronal y del desinterés de algunas centrales sindicales, la huelga ha ido creciendo hasta convertirse en total, hallándose ahora los trabajadores decididos a no reblar hasta conseguir sus reivindicaciones. Así y todo, el precio habrá sido demasiado caro: la vida de una niña de catorce años que cobraba por hacer un trabajo de persona mayor un sueldo mínimo, 300 pesetas de jornal.

Amanecer sangriento

Antes del amanecer del miércoles, María Luisa estaba ya, con su hermana Mari Mar (quince años) y el mayor de la casa (diecisiete), camino de la empresa Yuma, donde los tres trabajaban. Pero esta vez no iban a trabajar, sino a unirse a sus compañeros para formar piquetes informativos que explicasen a los trabajadores que aún no habían secundado la huelga, que ésta beneficiaba a todos por igual, por lo que todos debían apoyarla. El miércoles debían ir con cuidado; el día anterior, como una triste premonición, uno de los esquirolas había arrollado



María Luisa Carrasco: Catorce años y un sueldo mínimo por hacer un trabajo de persona mayor.

Zaragoza

La niña que murió luchando

ARTEMIO J. BAIGORRI

con el coche, parece ser que involuntariamente, a Mari Mar, aunque el atropello no tuvo más consecuencias que alguna que otra moradura.

La mayoría de los trabajadores y trabajadoras de Yuma y Benedí viven en los barrios de Valdefierro y Oliver, dos de los suburbios más duros, abandonados y pobres de Zaragoza; barrios donde, como en casa de María Luisa Carrasco, se ha pasado hambre muchas veces. Son gente nerviosa y apasionada, y la pasión y los nervios serían los culpables de la tragedia.

A poco más de las seis de la mañana apareció ante el piquete que custodiaba la puerta de la fábrica el 600 de María Pilar García, de veintidós años. Lo conducía ella e iban dentro otros tres obreros que, como María Pilar, también se negaban a acatar la decisión mayoritaria de aban-

donar el trabajo. María Pilar parece ser poco amiga de huelgas a pesar de que, según se dice, tiene un carnet de un partido de izquierdas; el día anterior ya había advertido a sus compañeras: "Pues vosotras haced lo que queráis; pero yo, mañana, pienso venir a trabajar y que no se me ponga nadie por delante". Y allí estaba el miércoles, decidida a entrar a trabajar.

Cuando el coche llegó a la puerta de la fábrica, los obreros en huelga se acercaron a él para pedirle a María Pilar y al resto de los ocupantes que abandonaran su actitud, que la huelga iba en beneficio de todos y entre todos debía hacerse. Los del coche seguían en sus trece y en actitud desafiante. De las explicaciones y los razonamientos rápidamente se pasó a los gritos. Todo lo demás ocurrió en segundos: de pronto, el coche arrancó, acele-

rado tal vez por un pie nervioso y atemorizado; en el capot llevaba colgada a María Luisa Carrasco. La conductora no pudo hacerse con la dirección, yendo a estrellarse contra otro coche aparcado enfrente; pero estos coches no llegaron a rozarse, porque el cuerpo de María Luisa había quedado, reventado, entre ambos.

Tras los primeros segundos de indecisión, con varios desmayos femeninos incluidos, el estupor dejó paso a la indignación y al apasionamiento. Los trabajadores se abalanzaron sobre el coche, golpeándolo con rabia y haciendo salir del mismo a la propietaria y a los demás ocupantes. Más de un golpe les cayó encima, y alguien había sacado ya una corbata gritando "vamos a ahorcarla" cuando llegó la Guardia Civil. La autora de la muerte pasó por Comisaría a declarar e inmediatamente fue puesta en libertad. Los que no fueron puestos en libertad, sino siete horas después de haber sido detenidos, fueron dos trabajadores que se ocuparon del cuerpo de María y de avisar a sus padres.

Aunque, según la versión de la conductora del automóvil, los golpes los recibieron antes del "accidente", y éste fue consecuencia de aquéllos, ya que al haberle golpeado se atemorizó para escapar de allí, el resultado fue el mismo: la muerte de una muchacha trabajadora que aún no había tenido tiempo de ser odiada por nadie. En cualquier caso, el Juzgado número 1 de Zaragoza se encarga ya de averiguar cuál es la versión cierta, si la de los trabajadores que estaban allí, mayoritaria, o la de la conductora y sus compañeros de coche.

¿Quién tiene la culpa?

Las tensiones que rodeaban la hora y el lugar de la muerte han sido tierra abonada para la confusión. Voces interesadas hicieron correr mil versiones distintas por la ciudad, y al día siguiente, un diario de Madrid publicaba una extraña versión (según algunos servida por un corresponsal de agencia muy relacionado con la patronal), por la cual la víctima resultaba ser la muchacha que quería trabajar. La nota suministrada por la Policía no aclaraba mucho las cosas.

El jueves, todas las centrales sindicales implantadas en el sector (UGT y CC. OO. por un lado, CSUT y USO por otro, y la AOA, a la que las grandes centrales no admitieron en asamblea) publicaban comunicados condenando la muerte, pidiendo justicia y responsabilizando, unos a los empresarios en general por el

LA NIÑA QUE MURIO LUCHANDO

clima de tensión que han venido creando, y otros directamente al director de Yuma, empresa donde ocurrió la desgracia. Según algunos líderes sindicales, no es María Pilar García, aunque fuera ella la autora material de la muerte, la responsable directa, sino que los responsables son los empresarios, que fomentan la división de los trabajadores y encienden llamas de rabia con su actitud antiobrera. Pero no son ellos quienes van a pagar la muerte, sino una desgraciada joven, insolidaria, debido a una educación alienante, que cometió el error de enfrentarse a sus compañeros de trabajo. Quien más lo ha pagado ha sido María Luisa Carrasco, que no volverá a vivir.

El viernes, varios miles de personas acudieron al barrio de Valdefierro, al entierro de María Luisa. En silencio siguieron a la familia hasta el cementerio; entre la comitiva marchaban los diputados del PSOE, Antonio Piazuelo y Benito Rodrigo; el secretario nacional del PC, Vicente Cazarra, y varios líderes sindicales. Una vez depositado el cuerpo en la sepultura, un numeroso grupo de manifestantes partió hacia el lugar donde ocurrió todo, a depositar un ramo de clavos rojos como último homenaje a la doncella muerta. Fuerzas de la Guardia Civil a un lado de la calle y de la Policía Armada al otro custodiaban la fábrica, así como otra situada enfrente, en la que se seguía trabajando.

Sólo dos gritos surgieron de los manifestantes ("asesinos", "María Luisa, hermana, no te olvidamos"), antes de emprender el camino hacia el barrio Oliver, donde vive María Pilar García. Los más apasionados comenzaron a apedrear su casa, y sólo la presión de los familiares de la niña muerta evitó una nueva desgracia. El padre, obrero de la construcción en paro desde hace meses, sólo quiere justicia: "Hemos pasado por todo para criar los diez hijos que tenemos, y muchas veces hemos comido poco y mal. Los que más hemos perdido hemos sido ella, que ya está muerta, y nosotros, que después de criarla, y ahora, que empezaba a ser una pequeña ayuda para la casa, nos la matan. Lo que hace falta es que se haga justicia, que pague su culpa quien la tenga y, sobre todo, que ésta sea la última muerte de un trabajador por defender sus derechos". La familia no pide más, y es lo mismo que piden los trabajadores compañeros de María Luisa: justicia y unidad obrera para que estas desgracias no vuelvan a ocurrir. ■



Con el mismo jersey rojo del niño le cubrió la cara.

CRIMEN DE FUENGIROLA

Una víctima y un culpable

MIGUEL Angel Lebrón Hernández llevaba doce días sin ir a clase. Justo desde que don Antonio, el profesor, le había dicho que no volviera por allí si no era acompañado de su padre. Quería charlar con él del comportamiento de Miguel Angel que siempre llegaba tarde a la escuela como se decía antes. A otro amigo suyo también le había puesto el mismo castigo. Estudiaba séptimo de básica en el Colegio Nacional José Antonio Girón y, antes que recibir una bronca de su padre, camarero de profesión, el chaval prefería hacer novillos y quedarse vagabundeando por las calles, jugando a ratos en los billares, diciendo piropos a tanta extranjera.

Así, pues, el viernes día 9, Miguel Angel se despidió de sus engañados padres y, como los días anteriores, se fue por ahí en busca de algún amigo también desocupado. Era la última vez que se veían. El niño no fue a comer, no fue a cenar. Llegada la noche, los padres se presentaron en la Inspección de la Guardia Civil para denunciar la desaparición de su hijo. Después, con algunos familiares, estuvieron rastreando por los alrededores de Fuengirola, Mijas y Marbella. La

búsqueda resultó infructuosa. La noche era muy oscura, apenas una raya de luna, y decidieron esperar al día siguiente.

El sábado, Jesús Moreno de Luna, cuñado del muchacho, continuó la búsqueda acompañado de Pedro, un empleado suyo del pequeño taller de tapicería. Hablaron con algunos amigos de Miguel Angel. Al parecer, el día anterior, éste había salido de un bar llamado La Cuadra, acompañado de "El Chachi". Algunos incluso dijeron que los habían visto por la finca "El Canameño", junto al pequeño río Sohail, el que desemboca entre el pueblo y la lujosa y tantas veces denunciada finca de Girón. Allí se dirigieron acompañados también por la mujer de Jesús y por un amigo de Miguel Angel.

Dejaron el coche a unos dos kilómetros del lugar llamado "La presa" y comenzaron a caminar. Jesús iba el primero, seguido de su empleado. Sobre la una y treinta del mediodía descubrió, en una oquedad, junto al puente y la casi seca acequia, el cuerpo sin vida de su cuñado: estaba tumbado con las manos cruzadas sobre el vientre y la cabeza apoyada sobre una camisa; el jersey rojo del chaval le tape-

GONZALO GOICOECHEA

ba la cara; tenía el torso desnudo y presentaba señales de haber sido golpeado en el pómulo izquierdo, arañazos en el derecho. Numerosos bichos e insectos pululaban voraces por el rostro y el cuerpo.

El asesinato fue rápidamente conocido por todo Fuengirola. Y las sospechas cayeron en seguida sobre Antonio García Martín, un extraño joven de veinticinco años también vecino del pueblo. Desde el primer momento se dijo que el niño había sido violado y después estrangulado.

El domingo, a las ocho de la tarde, la policía estaba vigilando en los alrededores de lo que antes era conocido como finca de "Santa Amalia". Antonio García apareció a esa hora. Presentaba un aspecto físico deficiente y lo primero que pidió al llegar a la Comisaría fue un vaso de agua. De la Comisaría fue llevado al hospitalillo de la localidad, donde se le hizo una cura de urgencia y después lo llevaron al Hospital Civil de Málaga, donde fue interrogado y donde reconoció ser el autor del asesinato.

El tema era la comidilla de la zona y numerosas personas asistieron al entierro del niño, celebrado a mediodía del domingo. Los que